

En la orilla de las cosas, de Gabriela Riveros

Ofelia Pérez-Sepúlveda

Tengo la teoría de que cuando un escritor quiere seducir al mundo, lo primero que le vendrá a la mente será la escritura de una novela. Pero si se trata de establecer un puente con el mundo, entonces pensará en términos de poesía. Un género que permite preguntas, y tantas respuestas como universos.

Estructurado en tres grandes apartados, más un poema que funciona como coda —término que tomo prestado del ámbito musical, *En la Orilla de las Cosas*, de Gabriela Riveros, bajo el sello editorial de Vaso Roto, es un libro de navegaciones que transita por memorias, espacios íntimos, continentes, experiencias y personas.

Pero ahí no radica lo más significativo del libro, sino en el hecho de que tales navegaciones tienen un puerto de compleja naturaleza: la niñez y, más aún, la niñez fragmentada cuya mirada y herida, habrán de permear por cada episodio poético.

Gabriela Riveros orchestra una reescritura de la infancia que enumera hallazgos, pero en ese paraíso. Nos guiña el ojo con la candidez de una niña que nos invita a pasar a su mundo, pero, sin anticiparnos, intempestiva e inmediatamente, nos introduce en la ruptura, en una alteridad que destruye el ensueño, la dulce melodía de la memoria. Cito:

Me siento sobre la tarde de mis cinco años en mis piernas el cosquilleo del césped

mi triciclo desconcertado/ ficus hiedras devoran el muro

una cochinilla sobre mi palma desesperada por enderezar su cuerpo

llanto mudo de antenas y tentáculos

En la vida desalojada y entera

ella, la otra, se cuela entre el filo de mi aliento con su presencia apócrifa

se empalma a la niña que quiero ser

sombra que reclama una vida propia, a destiempo, en contrapunto

Así, desde esa autoproclamada Grieta, regresa la enumeración de hallazgos, no como contrapunto, no como remanso, sino como palimpsesto emocional.

La escritura siempre será un oficio de mirarse en el espejo. Pero resulta que este espejo está fragmentado, y por el canto de sus filos anida el miedo, la infame sensación de sentirse en peligro:

*Fuera de la grieta habito en la posibilidad de encontrarme con ella
de que me observe mientras duermo*

de que la puerta se abra

de que me empuje por la baranda,

de que me rebane el meñique con un cuchillo de cocina

de que los crujidos del pasillo sean sus pasos

de que anide bajo mi cama

de que muerda mis dedos si tropiezo en el Minuet de Bach

de que se apropie de quien quiero ser

*Sentada sobre la tarde de mis cinco años vislumbro el germen de
esta doble vida permanezco inmóvil ante lo desconocido bajo la
necesidad de huir de ella*

Desde entonces soy la sombra de ese impulso una persistencia

—tenaz como la memoria—

el firme reclamo/ de no haber reaccionado a tiempo.

Desde la orilla de las cosas es un libro valiente, un libro que no se permite concesiones. Que a pesar del miedo, se enfrenta a las realidades que están ahí, las revela, aunque no haya belleza incólume, ascética, en ellas. Es así que nos ofrece, por ejemplo, la instantánea de la familia perfecta que se derrumba nuevamente en el poema *Niño Hermano*, que tiene varias lecturas. Primero se revela el distanciamiento con el hermano menor, como ese sucesor que roba la atención de los padres y que, además, fortifica su imperio desde la enfermedad, desde el accidente, para elegir de nueva cuenta la alteridad que se convierte en una barrera,

es un fuerte construido con música que funciona a la perfección para declararle la guerra, no al hermano, sino a los otros:

Una tarde violeta

encuentro compañía

quizá en un andante cantabile

o en esa presencia oscura que me habita

tengo ocho años y los miro a todos tras el cristal acorde disonante.

La herida subyace en todos los textos, es una herida que se acerca, pero no llega, es una herida que va del suelo hasta las esquinas de la casa. Que se calma y apacienta en los acordes del piano, como en el poema que da título al libro:

Cuando niña navegué en un lago insomne

*en ese espacio vasto y sombrío donde la noche se sueña a sí misma
atendí geografías pobladas por el ojo vigilante del vestíbulo disfrazado
de candiles o de abrigos mustios*

Cuando niña acaricié el frío del suelo

*ahí desfilaron ejércitos de sombras retorcidas y la impotencia de no
poder curarlo a él —murmullos—*

y la certidumbre de que algo alguien

los rarámuris o los demonios o la suerte

me habían señalado complacidos

en ese destino que no atinaba descifrar

*Cuando niña trencé con cabellos lisos la melodía que brotó del
piano*

el silencio después de cada nota

y la sombra que dejó la tarde/en la orilla de las cosas

Cuando Gabriela Riveros nos recibe con un epígrafe como: *Uno siempre responde con su vida entera a las preguntas más importantes*. Sándor Márai, entonces quedamos advertidos. El libro es, en cierta forma, una revisitación a otras escrituras de la autora, como en Presagio:

*No escondas tu caracol/quiero ver tus dedos
no sigas a la burbuja del molino
se arrastra el ejército sonámbulo prisionero
entre luces y murallas
tu infancia se destiñe
el césped/su laberinto
Tras el encino/ciudades
gimen a sus muertos
no vengas a esta tierra mía*

La herida es bifurcación. Relectura. La herida es entrar por uno de los fragmentos del trabajo, como *Una vez tuve once*. Una terrible declaración de odio y, al mismo tiempo, declaración de amor y despedida. Una incisiva y honesta manera de hablar de frente, reconociendo la traición, un dar la espalda que salva, que protege...

*Los años se me salieron de las manos diez dedos no eran suficientes
para retener la vida
los demonios de la infancia alargaron sus tentáculos de insomnio la
cicatriz de mi padre no era de bala mi hermano jamás se curaría
ella no podría perdonarme mi tío tenía otra mujer
dos hijos del silencio
del alcohol
de las ganas*

Las palabras que importaban no se decían que él mató a un hombre

los silencios eran timón

el amor se guardaba entre vejestorios dentro de arcones con cartas

amasadas en basureros estiercol vidrios rotos

Mi mejor amiga creyó

que su papá tuvo cáncer

me hicieron guardar silencio

su padre tenía sida

varios rostros fiestas de culos y pelucas yo me reclinaba en su lecho

lo besaba en la mejilla

no quería contagiarme de sangre enferma de su ejemplo de buen padre...

... con hijos y esposa fiel

y pensaba en esas fiestas

en sus hijas con listones lindos

Guardé su secreto veinte años

una promesa absurda

un peso enorme que no me cupo aprendí que la traición a veces salva y bajé la mirada cada día

tarde noche

La muerte es el sonido de una flauta que no conduce a ningún lado

Una vez tuve once

y supe que vivo suspendida

en una grieta de espacios sin tiempo

Hacia la segunda parte del libro, a los encuentros y desencuentros que son poema. A las lecturas y relecturas que se construyen sobre la conjetura, el acercamiento y el zoom out de los cuerpos, se asoma un erotismo velado, anclado en la cercanía de los cuerpos. Un erotismo que es conversación, el gesto intermitente del amante que dialoga, que eleva letanías en la fila de pasajeros que se despiden de un París donde todo ocurre y todo se desmorona.

Escribo una carta/hurgo en el poder de la palabra

un papel con garabatos/la gota de tinta

—las palabras son impredecibles apuntan a sus propios blancos detonan o suprimen nuestro destino— el meollo es el juego

acercarme a la frontera de su geografía ver cómo mi territorio se desvanece hacia un nosotros indefinido

Llega él a esta tierra

acaricia los rincones de mi memoria/ galopa sobre mis espacios/ mis historias despotrica desde mi bosque

Pero la navegación continúa, traza rutas de pertenencia cultural desde la música, lo social y la literatura. Ciudades que son bibliotecas y bibliotecas sobre los muertos que ha ofrendado este país que no termina su sacrificio, como en Geología Propia:

el poeta hurga desde su mirada azul

con un amor que me rebasa

lee en la comisura de mi incertidumbre nudos aún no desechos dicen que murió el candidato el cardenal el catrín la sirena

que murieron los indígenas en Aguas Blancas

en el corazón de la selva y de Guerrero

de otros dicen que ni vivos ni muertos

que el nuestro es un país de desaparecidos

paso la mitad de mis noches frente al piano exprimiendo preguntas al teclado

a presencias que lo comprendieron todo

y me dejaron sola con su música perfecta

leo a Pacheco y habito en su profecía: Moriré lejos lejos de mí misma

la voz de La amortajada nutre mi sangre

me acompaña en el diario recorrido por esta ciudad por los huecos de las calles y del cielo

por los techos de lámina callejones desbocados

Pero de ese viaje a contracorriente, desmesurado, el memorial de una patria en ruinas, sobreviene el solaz, en uno de los poemas que reorientan el timón: Elijo tu desierto es uno de los poemas más mesurados en el libro. Escrito desde la distancia, en la distancia:

De pie sobre la línea de la frontera vislumbro un hombre llano

elijo ese territorio

elijo tu desierto

Pero el solaz no es permanente, sí lo es, de nuevo, la mirada de esa niña que eligió la música contra los otros:

Afuera hay un marasmo

de máscaras bailando al son de la hipocresía

mujeres que exhiben su intimidad en conversaciones cafés que se repiten en todas las ciudades

machos de medio siglo fuman puros

se carcajean junto a trofeos de caza

con la mirada desnudan mujeres varones

esposas hijas hijastros amantes de clóset
como el alcohol lo artesanal es exclusivo
de marca de firma de autor de etiqueta
burbujas que se elevan contenidas en sí mismas *yuppies* volátiles como la bolsa
de valores
oscilan sobre salas *lounge*
hacen tierra cuando la burbuja estalla
hipsters revestidos de filosofía barata
vidas estoqueadas en redes sociales
miles de seguidores centenares de *likes*
niñas que fotografían su desnudez
surcan heridas que no tienen cura....
si no se quiere ser el apestado hay que sonreír —para que no te lean la mirada
conducir a la oficina conciliar mafias
rellenar alacenas refrigeradores
ser anfitrión de cenas reuniones almuerzos festejar callar sonreír desvelarse sonreír
callar
Afuera hay un marasmo adentro no hay nadie

Itinerarios, hacia el final del libro, es un bello texto que con gran amor recuerda,
traza, hacia el abuelo, una ruta poblada de memorias, de dulces palabras:

Una vez
y otra
desde que con dedos de niña

*arrojé piedra bola al río Florido junto a mi abuelo en aquel
pueblo enmarcado por enormes nogaleras cubierto de polvo y
silencio*

*de un cielo que sólo ahí brilla incontenible contrastando con
muros desteñidos*

Desde aquel río desierto

sobresalen dos torres de parroquia antigua

encalladas en su deseo de sobrevivir

a parvadas de urracas que ensordecen la tarde

a generaciones que parten al olvido

a un muro reventado por el salitre

al esplendor de las rosas en los patios

a la oscuridad de alcobas clausuradas

al cementerio donde descansan quienes fueron aliento

canciones de cuna

la mirada sobre las cosas

Una vez

y otra vez

desde que salí del pueblo con el pueblo dentro

y amé con desmesura

con el desaliento que deja un adiós apresurado

*sin saber que una vida entera no es suficiente para borrar un
rostro*

Posicionado al final del libro: La Menor de los Rarámuris es una declaración de pertenencia, es el envés de la alteridad que se descubre. Solo así se resuelve el título del libro: En la orilla de las cosas,

que en principio parecía sesgado, no preciso, pero que gracias a ese texto, no solo se cierra sino que se reconstruye, a pesar de la grieta, de las heridas y fragmentaciones. Pertenecer, a otra realidad, estar y ser en el origen, una filiación que reclama y condensa, como bien dice el texto:

Inicias el descenso

la noche se torna oscura

desaparece el rostro de la luna

extiendes tus brazos y el aleteo cruje en este aire apretado...

Tú fuiste la menor de los rarámuris

*un rostro de lechuza y viento y ojos amarillos que nos observan
por las noches batiendo el polvo ancestral con esas alas tuyas
que terminaron por [ahuyentarnos la memoria*